

La moral en la economía de mercado

Amartya Sen

Amartya Kumar Sen (Santimketan, India, 1933), economista y filósofo, ha desarrollado una amplísima actividad docente en universidades inglesas y americanas. Doctor Honoris Causa por la Universitat de València en 1994, ha investigado sobre la pobreza y la desigualdad en el marco teórico de la economía del bienestar. En 1998 recibió el Premio Nobel de Economía. El presente artículo se basa en la conferencia que ofreció en julio de 1999 en un simposio organizado por la Fundación Alfred Herrhausen en Berlín.

La economía de los tiempos modernos, por más que esté determinada por los mercados y las transacciones, debe su origen y formación, no en último lugar, a proyectos sociales a los que la Revolución francesa contribuyó, seguramente, de un modo decisivo. La economía de mercado de hoy en día también se puede medir a partir de criterios políticos y éticos y, de una manera especial, tomando como referencia el lema «libertad, igualdad y fraternidad».

A partir de Adam Smith, la libertad de intercambio y comercio forma parte de las libertades fundamentales. El significado de la economía libre para la vida moderna se presupone en algunas sociedades de manera obvia, y así, cuando las condiciones de esa actividad peligran, se pone de manifiesto lo esencial que es. Si falta la libertad de actividad económica, resulta un grave problema en sí, con independencia de las consecuencias económicas que, por lo demás, pueda acarrear.

Esto es válido muy especialmente allí donde la libertad de los mercados de trabajo es anulada por leyes, reglamentos o convenciones. Aunque el dinero que ganaban los esclavos afroamericanos antes de la guerra civil en el sur de Estados Unidos fuera igual a los salarios de otros lugares, o incluso los superara, y aunque aquéllos vivieran más tiempo que los trabajadores de las ciudades del norte, el hecho mismo de la esclavitud era, no obstante, una grave privación social (independientemente de los diferentes resultados que la esclavitud además pudiera o no producir).

Privar de libertad a una persona y despojarla de la capacidad de elegir su profesión es percibido *en sí* como una carencia social. El problema no tiene sólo un significado histórico, sino también actual, ya que esa libertad se limita ampliamente en muchas partes del mundo. Lo ilustraré con cuatro ejemplos:

Primero: en muchos países de Asia y África existen hoy aún formas de esclavitud. A los afectados se les niega la posibilidad de buscarse una ocupación en otro lugar que no sea con su patrón tradicional. *Segundo:* el fenómeno del trabajo infantil (que es habitual en algunos países africanos y asiáticos en vías de desarrollo) significa en el fondo esclavitud, ya que a muchos de esos niños se les obliga a trabajar. *Tercero:* la libertad de la mujer para buscarse un trabajo fuera de la familia está considerablemente restringida en un gran número de países del Tercer Mundo.

Cuarto (y con ello llegamos a un ejemplo totalmente diferente): el fracaso del socialismo burocrático en Europa del Este y la Unión Soviética no se puede explicar exclusivamente por los problemas económicos que se reflejaban en los niveles salariales o en otros indicadores como la esperanza de vida. De hecho, los países comunistas salían incluso relativamente bien parados en las estadísticas de esperanza de vida. Algunos antiguos estados comunistas ofrecen hoy en día una imagen en esencia peor que bajo el dominio comunista, y quizás en ningún otro lugar esto es peor que en la misma Rusia. (La esperanza de vida de los varones es allí inferior a la de India o Paquistán). A pesar de todo, la gente no está dispuesta a restablecer la situación anterior. Alguna cosa tendrá esto que ver con la *falta de libertad*.

Michael Kalecki (el famoso economista polaco que a mediados de los años cincuenta, cuando los comunistas estaban en el poder en Polonia, regresó a su patria lleno de entusiasmo) percibía indignado lo profundamente que se recortaban en ese país las libertades básicas. A la pregunta de cómo avanzaría Polonia en el camino del capitalismo al socialismo, Kalecki respondía:

«Hemos abolido con éxito el capitalismo; ahora sólo tenemos que abolir también el feudalismo.»

Sin embargo, cuando la literatura económica se ocupa del tema de la «eficiencia del mercado», por regla general presta poca atención a las libertades y a los derechos. Por el contrario, lo que tiene en cuenta es el valor de las mercancías producidas y la utilidad (o a la satisfacción de necesidades) que éstas generan. Las típicas teorías del libre mercado no parecen interesarse mucho por los valores que expresaban tan elocuentemente los revolucionarios franceses cuando pedían libertad, igualdad y fraternidad. En lugar de eso, las grandes teorías se han ocupado de objetivos como el «óptimo de Pareto», un estado de la competencia del mercado en el que nadie puede aumentar su bienestar o su utilidad sin perjudicar el bienestar o la utilidad de otro. Para los análisis económicos, estos modelos teóricos de eficiencia óptima están llenos de sentido.

Sin embargo, ¿cuál es el modelo que ayuda a avanzar cuando lo que queremos optimizar son las libertades individuales en lugar de la utilidad?

La idea de la eficiencia se puede aplicar bastante bien en este caso: en un equilibrio de competencia, nadie puede ampliar de manera ilimitada su libertad y al mismo tiempo dejar incólume la libertad de los otros. En este sentido, se pueden tomar los aspectos esenciales de la eficiencia del mercado para examinar las libertades. No obstante, estos aspectos de la eficiencia no dicen nada sobre la *igualdad*, en particular sobre la igualdad en el reparto de las libertades.

Una situación puede ser, por tanto, pareto-óptima –es decir, nadie puede incrementar su utilidad o su libertad sin reducir la utilidad o la libertad de otro– y, sin embargo, exhibir grandes desigualdades en el reparto de las libertades. De hecho, el problema de la desigualdad se recrudece cuando en lugar de la desigualdad de ingresos nos planteamos la desigualdad en el reparto de las libertades.

Ello se debe sobre todo a que la desigualdad salarial va unida a posibilidades desiguales de transformar también los ingresos en libertades. Alguien que, por ejemplo, está disminuido o enfermo, que es viejo o está desfavorecido de cualquier otra manera, puede tener problemas para obtener un ingreso razonable y verse, además, ante otras dificultades considerables a la hora de transformar su renta en libertad para vivir bien. Los mismos motivos (por ejemplo una minusvalía) que impiden que alguien consiga una buena posición y una renta aceptable, pueden también perjudicarlo en su empeño por conseguir una calidad de vida adecuada –incluso teniendo la misma posición y los mismos ingresos que cualquier otro–.

Para superar los problemas de la desigualdad pueden jugar un papel importante tanto las intervenciones sociales como la ayuda estatal. Pero el objetivo en la práctica nunca puede ser la igualdad absoluta (que de todos modos no se puede realizar), sino tan sólo reducir desigualdades especialmente extremas e inadmisibles. Esto es válido no sólo para ingresos ínfimos, sino también en el caso de una asistencia sanitaria inexistente o insuficiente o de otras condiciones de vida que privan a las personas afectadas de toda oportunidad de autoestima o les impiden llevar una existencia humana. Al mercado deberían ayudarle en esto otras instituciones, sobre todo estatales, pero también sociales.

Ahora bien, no hay duda de que las indispensables medidas institucionales se toman antes si a estas necesidades se les presta una mayor atención política y social, y si las desigualdades y las situaciones de carencia despiertan el interés público y el deseo de procurar un remedio. Lo que de nuevo presupone un impulso de *solidaridad* o de «fraternidad». Con otras palabras: somos capaces de compartir la vida y el sufrimiento de otras personas, pero en qué medida es así efectivamente, depende de la discusión pública y de la participación política.

La solidaridad entendida de esta forma –como una fuerza que organiza instituciones sociales y que las mantiene vivas– puede complementar los mecanismos del mercado de una manera que contribuya a solucionar los problemas de la pobreza y la extrema desigualdad.

Hasta aquí me he referido a la libertad, la igualdad y la fraternidad en términos generales. En

adelante, quisiera ocuparme de dos problemas específicos con los que se enfrentan las economías de mercado más avanzadas del mundo: la ausencia de un sistema de seguro de enfermedad en los Estados Unidos y el alto nivel de paro en Europa Occidental. Los dos problemas ponen de manifiesto, aunque de manera diferente, la necesidad de un compromiso mayor de la política y la sociedad y, en último término, la necesidad de más solidaridad.

Los altos niveles de paro denotan un fracaso muy destacado de la política económica de Europa Occidental. La pérdida de ingresos que provoca el desempleo, sin duda, se puede mitigar en una medida importante –como sucede normalmente en Europa Occidental– mediante subsidios salariales. Digamos, así, que si la pérdida salarial fuera la única consecuencia del desempleo, el efecto de éste en los afectados podría compensarse en gran parte a través de subsidios (si prescindimos por un momento del coste social que esto puede tener para la hacienda pública). Pero si es el caso que el paro tiene otras repercusiones negativas en la vida de las personas, es decir, si provoca también una privación de otro tipo, entonces la compensación mediante subsidios no es suficiente.

Lo cierto es que hay abundancia de testimonios que indican que, además de la pérdida salarial, el desempleo tiene otras muchas consecuencias, y de gran alcance. Entre otras, problemas psíquicos, pérdida de la motivación laboral, de habilidades y de confianza en uno mismo, aumento de las patologías (e incluso casos de muerte), desintegración de las relaciones familiares y sociales, agudización de las tensiones racistas y de las diferencias entre los géneros. De hecho, puede decirse que, en consecuencia, el alto desempleo que hoy en día se registra en Europa representa ya por sí mismo una desigualdad tan grande como la desigual distribución de la renta.

Si nos atenemos exclusivamente a la desigualdad de renta, da la impresión de que Europa Occidental ha conseguido mucho mejor que Estados Unidos reducir la desigualdad y evitar las diferencias de ingresos características de este último país. En efecto, Europa tiene clara ventaja en la cuestión del ingreso. Esto vale tanto para el nivel como para las tendencias a la desigualdad, tal como se desprende de un cuidadoso análisis, realizado para la OCDE por Anthony B. Atkinson, Lee Rainwater y Timothy Smeeding. Es decir, no sólo son en general más altos en Estados Unidos que al otro lado del Atlántico los índices habituales de desigualdad de la renta, sino también sucede que el aumento de las diferencias de ingresos que se da en América supera con creces al que se registra en la mayor parte de los países europeos.

La desigualdad en Estados Unidos es diferente a la de Europa, nada más

Pero si nos fijamos en el desempleo y no tanto en la cuestión de la renta, la imagen resulta completamente diferente. Al contrario que en los Estados Unidos, el desempleo ha aumentado en gran parte de Europa Occidental dramáticamente y si el paro merma de una manera duradera la calidad de vida, entonces esta circunstancia habrá de tener consecuencias en el análisis de la desigualdad económica. Los europeos pueden derivar, no sin razón, de la comparación entre los niveles de desigualdad de la renta una cierta dosis de autocomplacencia, pero esta impresión se desvanece rápidamente tan pronto como nos proponemos una imagen de conjunto.

Aparentemente, es por completo compatible con la ética social americana apoyar en un grado tan limitado a personas que viven en la necesidad y la pobreza, que al típico europeo occidental, que ha crecido en un Estado de bienestar, difícilmente le parecería aceptable. Pero para la misma ética social americana un índice de desempleo de dos dígitos, que es normal en Europa, sería absolutamente intolerable.

Recientemente se ha prestado de nuevo una gran atención a la cuestión de la desigualdad entre diferentes grupos étnicos en los Estados Unidos. Se reconoce unánimemente que los afroamericanos, en lo que respecta a la renta, son claramente más pobres que los americanos blan-

cos. Esta comparación de ingresos es presentada a menudo como ejemplo de una relativa privación de los afroamericanos en los Estados Unidos.

Ciertamente, en cuanto a ingresos los afroamericanos serían muchísimo más ricos que la gente del Tercer Mundo, y llegaríamos a la misma conclusión si considerásemos las diferencias en capacidad adquisitiva. Visto desde un punto de vista internacional, la privación de los negros americanos parece, así, perder importancia. Pero ¿es el ingreso realmente un criterio adecuado para tal comparación? ¿Qué pasa con la esperanza de alcanzar la edad adulta, de no perecer por una muerte prematura?

Si tomamos este criterio como medida, los varones afroamericanos se quedan por detrás de los chinos, infinitamente más pobres, o de la población masculina del Estado indio de Kerala; y pasa lo mismo con Sri Lanka, Costa Rica, Jamaica y otros muchos países pobres.

Hay quien objeta que la mortalidad insólitamente alta de los afroamericanos afecta sólo a los varones y, entre éstos, especialmente a los más jóvenes, lo que se podría atribuir a la especial violencia que se da en este sector de población. En efecto, muchos casos de muerte de jóvenes negros tienen su origen en actos violentos, pero desde luego esto no es toda la verdad. Pues a las mujeres negras no sólo les va peor que a las mujeres blancas en los Estados Unidos, sino también que a las mujeres indias en Kerala. Su esperanza de vida es prácticamente menor a la de las mujeres chinas. Además, con el paso de los años, los varones afroamericanos pierden terreno constantemente en cuanto a la esperanza de vida en relación con los chinos y los indios de Kerala —y ciertamente esto ocurre también en los grupos de edad que han dejado ya de ser jóvenes, en los que la violencia es una causa habitual de muerte—.

Aquí Europa, allí Estados Unidos: si contemplamos la posibilidad de encontrar un trabajo y de disfrutar de las ventajas que ello conlleva, entonces los europeos ofrecen una imagen muy triste. Si por el contrario tomamos en consideración la esperanza de vida, las condiciones americanas muestran una extrema desigualdad.

La causa de estas diferencias y de las prioridades políticas que van ligadas a ellas podrían cifrarse en la existencia de conceptos altamente contradictorios acerca de la responsabilidad social e individual a una orilla y a otra del Atlántico.

En el orden de prioridades de la política americana, la aspiración a un aseguramiento médico básico para todos los ciudadanos se sitúa muy atrás. Es probable que en Estados Unidos haya varios millones de personas (según algunas estimaciones, más de cuarenta y tres millones) sin seguro de enfermedad. Una situación similar sería políticamente impensable en Europa, ya que aquí la asistencia médica está considerada como un derecho fundamental de los ciudadanos, independientemente de sus medios o de su estado de salud. El gasto público en atención a enfermos y a pobres es demasiado bajo en los Estados Unidos y en ningún caso podría satisfacer las exigencias europeas. Lo mismo ocurre con la inversión pública en equipamiento para el sistema sanitario y educativo —inversiones que en el Estado de bienestar europeo se dan por supuestas—.

Pero, por otro lado, ningún gobierno americano saldría ileso si se duplicara el desempleo actual, aun cuando las cifras del mismo se mantuvieran alejadas del nivel de Italia, Francia o Alemania.

Es manifiesto que los objetivos políticos en Europa y América son radicalmente diferentes en estos aspectos, cosa que, al fin y al cabo, se puede atribuir a formas diferentes de solidaridad social —o de «fraternidad»— en uno y otro caso. A través de la discusión de los problemas específicos ante los que se encuentran estas dos economías de mercado altamente desarrolladas, antes que nada se debería ampliar en Europa y en Estados Unidos la acción social y el alcance de la solidaridad.

Mientras que la importancia de la libertad y la liberalidad, en un caso, y de la igualdad y la justicia, en otro, es algo evidente para la mayoría de las personas, quizás todavía no está suficientemente claro lo importante que es también la fraternidad para una convivencia humana.